



# El gran timo de las hadas **Félix** **J. Palma**



DESTINO

# El gran timo de las hadas

Félix J.  
Palma

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1653

© Félix J. Palma, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-233-6550-0

Depósito legal: B. 8.583-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: EGEDSA

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# I

La primavera de 1922, mientras el mundo aún se lamía las heridas de la Gran Guerra, a Alan Schofield le encargaron fotografiar a un gnomo. El encargo le sorprendió. Hasta entonces había fotografiado hadas, casi siempre revoloteando sobre los arbustos o bailando en corro, también algunos duendes jugando en las colinas, un elfo silvestre dormitando entre las raíces de un haya e incluso una ondina bañándose en el pozo de una familia de granjeros de Swaledale, a la que brindaba protección contra las adversidades por un poco de comida. Pero un gnomo, nunca.

En los últimos años, las criaturas mágicas, que siempre habían visitado con suma discreción a sus vecinos humanos, se estaban dejando ver con más frecuencia de la habitual. Los expertos argumentaban que el alboroto de la guerra, el tableteo de las ametralladoras y el rugido de los obuses sacudiendo la tierra debía de haber despertado su curiosidad y la mayoría había salido de sus escondrijos para ver con sus propios ojos hasta dónde llegaba la estupidez humana. Como todo lo que se sabía sobre los seres fééricos, era una hipótesis indemostrable, pero fuera como fuese, el notable aumento de las apariciones había llevado a Alan a cambiar la placa de su estudio de fotografía por

una nueva. Ahora, quien pasara por delante de su estudio en el 22 de la calle Kelly podía leer:

**Alan y Violet Schofield, fotógrafos mágicos.  
Especialistas en hadas, duendes  
y otros espíritus elementales.  
Si usted los percibe, nosotros se los mostramos.  
(Consultar para ectoplasmas)**

Violet era su esposa, socia y ayudante —aunque no estaba muy claro quién ayudaba a quién—, y esa mañana lo acompañaba a fotografiar al gnomo. En aquel momento, viajaban juntos en el tren a Beckenham, lo cual los había hecho merecedores del escrutinio nada disimulado de las dos cincuentonas sentadas frente a ellos. Grace y Gladys —no me preguntéis quién es quién— sentían gran curiosidad por la relación que mantenían sus vecinos de asiento. Sin embargo, pese a su desaforado examen, no lograban encontrar ninguna pista de que existiera una relación sentimental entre ambos, que era lo que demandaban sus impresionables corazones de lectoras de Jane Austen. Sin duda les parecía que hacían, harían o incluso habrían hecho muy buena pareja. Combinaban con la misma armonía que las cortinas y los cojines de su salón: ambos rebasaban en algunos años la veintena, eran de estatura media, poseían un atractivo moderado y vestían con discreta elegancia. Alan era desgarbado como un ganso, tenía el cabello castaño y ondulado, y un rostro anguloso donde flotaba una sonrisa burlona, una mueca que delataba que todo le parecía bueno porque nunca había tenido nada; Violet, por su parte, era grácil como un

cisne, tenía el cabello rubio y largo hasta los hombros, y un rostro redondeado donde flotaba una sonrisa melancólica, un rictus que delataba que nada le parecía bueno porque una vez lo había tenido todo. Cuando llegaron a la estación de Beckenham y ambos se levantaron, él tomó un bastón para ayudarse a caminar, al tiempo que rechazaba con amabilidad el brazo que ella le tendía, y esa nota de vulnerabilidad y misterio acabó de desmenuzar el corazón de las señoras. Quizá fueran simplemente dos hermanos bien avenidos, o puede que solo un jefe y su secretaria, o incluso un secuestrador y su rehén. ¿Primos, amigos, amantes? Quién sabía. Podían ser cualquier cosa, dentro de los límites de la decencia de Grace y Gladys. Pero, fueran lo que fuesen, hoy ellas se irían a la cama sin saberlo.

Hacía un día de primavera de lo más agradable. Alan tomó una honda bocanada de aire y contempló el paisaje con admiración, como si fuera un cuadro que él mismo hubiera pintado. El cielo lucía un azul bruñido, con algunas nubes aquí y allá, esponjosas como almohadones ahuecados. Desde las alturas, como las trenzas de las princesas en los cuentos, se desmadejaban los rayos de un sol que calentaba lo justo, y, para rematar el conjunto, una brisa suave arrastraba con pereza los íntimos olores del campo. La casa de la señora Miller, cuya hija jugaba con un gnomo en el jardín, se encontraba a unos veinte minutos del apeadero, así que decidieron ir dando un agradable paseo. Violet, sin embargo, parecía demasiado absorta en sus pensamientos como para disfrutar de aquel día que a Alan se le antojaba bordado por una mano primorosa. Tras varios minutos caminando en silencio, se decidió a romperlo:

—¿Qué le impide a mi bella esposa sentir la primavera retumbando en su interior?

Ella alzó las cejas.

—¿No has encontrado una manera más complicada de preguntarme qué me preocupa?

—Bueno, intentaba aprovechar para hacerte partícipe también de mi estado de ánimo —se excusó él—. Además, llevo un par de semanas leyendo poesía, y supongo que se me ha contagiado esa preferencia por dotar de belleza hasta las expresiones más...

—Pues me preocupa Freddy —lo cortó ella.

—¿Freddy? ¿Y ese quién demonios es?

—¡El gnomo! —le recordó ella—. Así es como lo llama la niña. Deberías leer con más atención mis notas, aunque no estén escritas en verso.

—Ah, sí, Freddy. ¿Y qué te preocupa, exactamente? ¿Temes que cuando vayamos a fotografiarlo el bueno de Freddy se quede prendado de ti, se olvide de sus tontos juegucitos con la niña y decida secuestrarte para llevarte a Nunca Jamás? Si es por eso, pierde cuidado. Sabes que me ocuparía personalmente de rescatarte.

—Oh, ¿en serio? ¿Serías mi caballero andante, mi Lancelot, mi Tristán, mi Galahad...?

—Sí, sí, el que más apuesto te parezca... Siempre que el rescate exigido fuera razonable, claro.

—Su generosidad solo es comparable a su romanticismo, sir Schofield.

—¡Pero si eres tú quien insiste en que debemos controlar los gastos del negocio! Hasta escondes la llave de la caja fuerte Dios sabe dónde alegando algo tan poco demostrable como que soy un manirroto...

—En realidad, para demostrarlo basta con contar tus sombreros.

—¡Pero si solo tengo tres!

—Si cuentas también los que has olvidado por ahí comprobarás que la cifra sube considerablemente.

—Ya, bueno, ahora en serio, Violet —dijo Alan cambiando de tema—, no deberías estar preocupada por el gnomo. ¡Somos los únicos que han fotografiado a una ondina! Si pudimos hacer eso, también conseguiremos una buena fotografía de Freddy, por muy gnomo que sea. Y si no recuerdo mal, las niñas de Cottingley, aparte de hadas, también fotografiaron un gnomo, así que no debería resultar demasiado difícil.

Alan se refería a Elsie y a su prima Frances, que jugaban con hadas, gnomos, duendes y otros seres mágicos en el valle de Cottingley. Hartas de que sus padres no las creyeran, una tarde le pidieron su cámara fotográfica y se fotografiaron con ellos. Eso ocurrió el verano de 1917, pero las fotos no habían salido a la luz hasta la Navidad de 1920, cuando el prestigioso escritor Arthur Conan Doyle había publicado un reportaje sobre ello en *The Strand Magazine*, que desencadenaría un alud de testimonios similares por toda Inglaterra, dando comienzo a lo que Alan había denominado la «fiebre feérica».

—Hay una diferencia significativa —dijo Violet—. La ondina se aparecía en un pozo en medio de ninguna parte, y Freddy en un jardín de una avenida demasiado expuesto...

—Eso no lo sabes.

—Bueno, digamos que tengo una ligera sospecha —respondió, señalando al frente con la barbilla.

Alan siguió la mirada de Violet. Mientras charlaban se habían internado en Wickham Road, una larga calle jalonada de pequeños *cottages*, como el que ahora tenían delante. Era una casita de estilo victoriano coronada por un tejado a dos aguas, con un jardín delantero, efectivamente, demasiado expuesto. No era excesivamente grande, y mostraba sus laterales congestionados

de parterres y plantas de varios tipos. La vivienda estaba flanqueada a la derecha por otra similar, y a la izquierda por un parque donde estallaba el verde. Alan abrió la cancela y ambos cruzaron el jardín por el sendero de losetas, estudiándolo con detenimiento mientras se dirigían a la puerta de entrada que había bajo un pequeño porche. Comprobaron que era visible desde la calle a través de la verja y desde las cuatro ventanas de la fachada de la casa, aunque al menos no desde la de los vecinos.

—Es verdad. No es un sitio demasiado íntimo —reconoció Alan—. En cuanto empezamos a prepararlo todo, esto se va a llenar de curiosos.

—Eso me temo —confirmó Violet observando la calle, por donde cruzaban varias personas que parecían deseosas de detenerse ante cualquier cosa que se saliera de lo normal—. Lo cual, como comprenderás, me preocupa más que el posible carácter enamorado de Freddy.

—Mmm. Tendremos que advertir a la señora Miller de la célebre timidez de los gnomos.

Alan tiró de la campanita que había asida a la pared, que emitió un tintineo tenue, como de lágrimas de desamor cayendo al suelo. Les abrió la propia señora Miller. Se trataba de una mujer bajita y regordeta, cuyo rostro parecía rastrillado por más arrugas de las que correspondía a los cincuenta años que debía de tener, como si el sufrimiento también hubiese echado una mano. Tras darles la bienvenida efusivamente, los condujo a un saloncito acogedor que había a la derecha del vestíbulo.

—Les agradezco que hayan podido venir tan rápido a pesar de lo ocupados que están —les dijo la señora Miller—. Lo cual no me extraña, dado que son los

mejores en *estos asuntos*. He visto el excelente trabajo que realizaron para mi prima Sharon, que reside en Wallington. Tiene colgada en su salón la hermosa foto que le hicieron rodeada de las hadas que viven en su desván.

—¡Ah, la señora Walton! —dijo Alan, deduciendo a quién se refería—. Sí, llevaba varias semanas oyendo ruiditos en el desván. Pero cuando subía, desaparecían. Todo el mundo le decía que eran ratas, pero ella tenía una... intuición. Pensaba que podían ser hadas.

—Sí, Sharon siempre ha estado obsesionada con las hadas —comentó la señora Miller sin poder disimular cierto hartazgo—. Desde que veía a las niñas del pueblo vestidas de hadas en la procesión de la Reina de Mayo.

—Pues no se equivocó, ya que, en efecto, lo eran —dijo Alan—. Una colonia de siete hadas, nada más y nada menos. ¡Siete!

—Ya, ya... ¿Y cómo lograron fotografiarlas? —quiso saber la mujer—. Nadie ha logrado verlas salvo ella. Sin embargo, en la fotografía las hadas incluso parecen posar para ustedes.

—Bueno, como dice nuestra publicidad: «Si usted los percibe, nosotros se los mostramos» —respondió Alan.

—Y la señora Walton nos facilitó mucho las cosas —añadió Violet—. Nos permitió dormir un par de noches en su desván, hasta que las hadas se habituaron a nuestra presencia... Sí, su prima es una mujer encantadora. No me extraña que enseguida se hiciera amiga de las hadas. ¡De las siete! Me dijo que una incluso comía lechuga de su mano... Lamentamos mucho la pérdida que sufrió.

La señora Miller dejó escapar un melodramático suspiro.

—¿Quién no ha perdido a alguien en esta horrible guerra? Mi marido ya era mayor cuando empezaron los reclutamientos, pero mi hijo Wyatt... —Dirigió la mirada al retrato de un joven risueño que colgaba en la pared—. Era un chico estupendo. Siempre contento, haciendo bromas de cualquier cosa... Murió como un héroe en la batalla de Ypres, o como se diga, al poco de empezar la maldita guerra. Su padre está orgulloso de que su hijo haya sido un héroe, pero a mí ¿de qué me sirve un héroe muerto?

Alan y Violet guardaron un silencio respetuoso mientras la señora Miller se recomponía. Cuando lo hizo, les sonrió con tristeza.

—¿Estuvo usted en el frente, señor Schofield? —preguntó, señalando el bastón de Alan con la barbilla—. Oh, lo siento. Disculpe mi indiscreción —se lamentó enseguida.

—No se preocupe. —Alan le restó importancia con un gesto de la mano—. Estuve en el frente, como era mi deber, señora Miller. En la batalla del Somme. Fui de los afortunados. A mí solo me dispararon en una pierna. Algunas semanas en un hospital y esta romántica cojera.

—Santo cielo... Pues me alegro de que sobreviviera a esa carnicería, señor Schofield. No solo por usted, sino también por su madre.

—Sí, mi madre me prefería cojo a muerto... supongo.

—Las madres sufrimos la muerte de un hijo más que un padre, ¿saben? No digo que Thomas no lo sintiera, pero él está casi siempre embarcado. Es contra-maestre en un buque. Va y viene de Australia como

quien va a la panadería. Sin embargo, yo tardé en aceptarlo. Creía que el aviso del ejército era mentira, otra de las bromas de Wyatt. Estuve los siguientes años ahogándome en un pozo de dolor, no puedo describirlo de otra forma... Descuidaba la casa, mi higiene, hasta a Amber, que nació poco antes de que Wyatt se alistara. Es ahora cuando estoy levantando cabeza.

Volvió a cuajar en el salón un silencio triste, que Violet acabó rompiendo.

—¿Esta es Amber? —preguntó, señalando el retrato de una niña que había en una mesita.

—Sí, esa es mi pequeña —les confirmó la señora Miller.

Violet cogió el retrato y lo contempló con atención.

—¿Desde cuándo juega con el gnomo? —preguntó.

—Empezó a aparecérselo hará aproximadamente dos meses —respondió la mujer—. Lo recuerdo muy bien porque la primera vez que el tal Freddy nos visitó fue al día siguiente de volver de Wallington, de visitar a mi prima Sharon. He de confesarles que fuimos expresamente para ver su fotografía, como casi todo Sutton —reconoció con una mueca de pudor—. La verdad es que me dio cierta envidia que Sharon tuviera hadas en su desván. ¡Pero ahora nosotros tenemos un gnomo en el jardín! Bueno, al menos es lo que asegura Amber, porque la verdad es que ni Thomas ni yo hemos podido verlo... Si les soy sincera, Thomas piensa que no existe, que son imaginaciones de la niña.

—¿Y usted? —preguntó Alan.

—¿Yo? Bueno, yo la creo... Nunca he visto a Freddy, pero una noche oí ruidos en el jardín, y cuando bajé me encontré algunas flores pisoteadas... Y una vez que puse un pastel en la ventana para que se en-

friara, lo encontré mordisqueado. Así que me he dicho: «Kate, si las hadas existen, ¿por qué no van a existir los gnomos?».

—Y está en lo cierto, señora Miller —dijo Violet—. Los gnomos existen, igual que las hadas, los elfos, los duendes y demás seres mágicos. La comunidad feérica, como se la conoce, es una población tan numerosa como la especie humana y visita con frecuencia nuestro mundo. En este país, especialmente, siempre hemos vivido rodeados de hadas y demás criaturas mágicas. Nos familiarizamos con ellos desde niños, están en los libros, en las ilustraciones, hasta son el motivo de los cuadros de célebres pintores... No tendríamos esa *herencia cultural* si no existieran los seres feéricos, ¿no le parece?

—Claro, claro... —admitió la mujer—. Pero ¿por qué no todos podemos verlos?

—Eso tiene una explicación muy sencilla, señora Miller —respondió Alan en tono didáctico—, permítame que la ilustre. Existen longitudes de onda que no vemos porque quedan más allá del alcance de nuestra percepción visual, ondas que, por así decirlo, se mueven fuera de la jurisprudencia de nuestros cinco sentidos. Los rayos X son un buen ejemplo. ¿Ha oído hablar de ellos? —Ella asintió como si jamás hubiera oído hablar de ellos—. Son una radiación de frecuencia más alta que la luz visible —prosiguió Alan—, por lo que el ojo humano no puede verlos, y, sin embargo, ¡impresionan las placas fotográficas! Seguro que ha visto una radiografía. Lo mismo sucede con las criaturas mágicas. Sencillamente, emiten vibraciones de una frecuencia diferente que la mayoría de las personas no pueden ver porque se encuentra fuera de los límites del espectro luminoso. Pero sabemos que los niños, y también los médiums y clarividentes, gracias a su fuer-

za parapsíquica, pueden verlas. Y ahora debemos sumar el objetivo de una cámara fotográfica, como demostraron las niñas de Cottingley.

—Pero, si usted no puede verlos, ¿cómo puede fotografiarlos? —le preguntó sagazmente la señora Miller—. ¿O acaso es usted uno de esos médiums? Porque es evidente que ya no es un niño...

Alan la observó en silencio unos segundos, frunciendo los labios.

—Mmm... ¡Me ha pillado, Kate! ¿Puedo llamarla Kate? —respondió al fin con una sonrisa. La señora Miller dudó—. ¡Tampoco hace falta, señora Miller! Respondiendo a su pregunta, no, no soy médium, y como tan perspicazmente ha deducido, hace mucho que dejé de vestir pantalón corto. Yo, al igual que usted y la mayoría de las personas, no puedo ver a las hadas, ni a los duendes ni a ninguna criatura mágica. Ya me gustaría poder hacerlo, pero, con suerte, solo las oigo. —Alan se encogió de hombros con pesar—. Sin embargo, debe saber que hay ciertas personas bendecidas con la misma fuerza parapsíquica que los médiums y clarividentes. Como mi bella esposa —le reveló, mirando con cariño a Violet, que no pudo disimular un ligero sonrojo—. Aquí donde la ve, es una de esas personas elegidas. Ella sí puede ver a las hadas porque ha heredado el don de su bisabuela, que fue una médium rusa muy poderosa.

—¿En serio? —exclamó la señora Miller, observando a Violet con admiración—. ¿Usted puede ver a las hadas?

—Bueno..., verlas, verlas... —dijo Violet restándole importancia—. No soy tan poderosa como mi bisabuela. Más bien las percibo de manera difusa..., como peces bajo el hielo.

—Suficiente para que pueda indicarme dónde apuntar la cámara —concluyó Alan—. Como ve, mi esposa, aparte de modesta, es una chica muy especial. Como su hija, a la que estamos deseando conocer.

—¡Oh, sí, por supuesto! —exclamó la señora Miller—. Ya le he dicho que hoy vendrían a hablar con ella. Sígueme, por favor, está en la habitación de juegos.

Volvieron al vestíbulo para subir la escalera que conducía a la planta de arriba. Una vez allí, la señora Miller abrió la puerta que daba a una habitación de mediano tamaño decorada con motivos infantiles. Todos los juguetes del mundo parecían haber sido confiscados por la policía del aburrimiento y guardados allí. Casas de muñecas, carruseles, triciclos, marionetas, caballitos de cartón y trenes de hojalata se amontonaban promiscuamente en los rincones e invadían las estanterías como una plaga, pugnando por un poco de espacio con las colecciones de libros ilustrados. En la pared del fondo había un enorme ventanal que daba al jardín, por el que en aquel momento se derramaba un torrente de luz. En el centro de la habitación, arrodillada en una alfombra mullida y asediada por varias muñecas, estaba Amber, que sin duda iba a necesitar varias reencarnaciones para poder dedicarle una mínima atención a todos los juguetes acumulados allí, en aquella parodia de cámara faraónica. La niña, que estaba de espaldas, llevaba puesto un vestido verde de volantes y un lazo a juego en la cabeza que le recogía el oscuro cabello.

—Amber, estos son el señor y la señora Schofield, los fotógrafos que vendrán a fotografiar a tu amiguito Freddy.

La niña dejó de jugar y se giró hacia ellos lentamente, sin prisas, como si ella misma fuera un juguete articulado cuyo mecanismo necesitara un poco de aceite. Tenía una cara seria, de enormes ojos oscuros, profundos como abismos. Se limitó a observarlos con una mirada recelosa. Durante varios segundos, nadie se atrevió a romper aquel silencio tenso que de repente había desbordado el cuarto de juegos, hasta que Alan se animó a tomar el mando de la situación. Carraspeó un par de veces antes de dirigirse a la niña:

—Bueno, bueno..., así que ves a un gnomo en el jardín —comentó en tono jovial.

La niña examinó a Alan con suspicacia.

—Sí.

—¿Estás segura de que es un gnomo, pequeña?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Bueno... —titubeó Alan.

—¡Sé perfectamente lo que es un gnomo! —aseguró la niña casi con ferocidad—. Aunque solo tenga siete años.

—Ya... ¡Bien, bien! —dijo Alan sin saber cómo continuar.

Imploró la ayuda de Violet con una mueca angustiada. Acababa de descubrir que los niños no se le daban bien, sobre todo las niñas de siete años que veían gnomos. Violet tomó el relevo y se arrodilló junto a la pequeña con movimientos cautelosos, como quien se acerca a un gato callejero.

—Hola, Amber. Me llamo Violet. Encantada de conocerte —dijo con una sonrisa mientras sacaba una libreta de un bolsillo—. Hablemos de Freddy, ¿te parece?

La niña se encogió de hombros, lo que Violet interpretó muy libremente como un sí.

—¿Qué aspecto tiene? —le preguntó.

—Tiene aspecto de gnomo.

—¡Claro, qué tonta soy! —exclamó Violet poniendo los ojos en blanco—. Pero no todos los gnomos son iguales, ¿sabes? Tienen diferente estatura, por ejemplo. ¿Cuánto crees que mide Freddy?

—No sé.

Alan vio su oportunidad de aportar algo a la tortuosa conversación. Cogió una marioneta de una repisa —un muñeco vestido con un trajecito rojo, un gorro a juego y una nariz desproporcionadamente larga— y lo sostuvo ante la niña.

—¿Es más alto o más bajo que Pinocho? —le preguntó.

—¿Contando con el gorro?

—Con el gorro de quién.

—De Freddy.

—¿Y sin el de Pinocho?

—No, con el de Pinocho también.

—Los dos con gorro, entonces.

—Sí.

—Bien. Una vez aclarado eso, ¿quién mide más?

—Igual.

—Igual con los gorros, pero ¿sin ellos seguirían siendo...?

—Nueve pulgadas —zanjó Violet, apuntándolo en su libreta.

Alan devolvió con alivio el muñeco a la estantería, como si jamás lo hubiese tocado, y se puso a deambular por el cuarto, dejando el interrogatorio completamente en manos de Violet, que le preguntó a la niña cómo era la cara del gnomo.

—Como la de un anciano simpático. Tiene una barba blanca.

—Bien, barba blanca —anotó Violet—. ¿Y cómo va vestido?

—Viste leotardos negros, un chaleco marrón oscuro y un gorro rojo puntiagudo.

—¿Tiene alas?

—Dos.

—Claro, pero ¿cómo son?, ¿como las de las mariposas o como las de los coleópteros?

—Lo último.

—Alas de coleóptero —apuntó Violet.

Alan dejó de dar vueltas por la habitación y se colocó junto a la señora Miller, que seguía con interés la conversación.

—¿Hablas con él? —preguntó Violet para terminar.

La niña cruzó una mirada con la madre, que asintió.

—Sí, hablo con él. Es muy simpático.

—Dile de qué habláis, cielo —intervino la señora Miller con cierta emoción en la voz.

La niña miró a Violet.

—De Wyatt —respondió—. Me cuenta cosas de Wyatt.

—¿De tu hermano? —se sorprendió ella.

—Sí, me dice que está bien, que echa de menos a mamá... —explicó la niña—. Una vez me dijo que le habría gustado seguir vivo para jugar conmigo y que no tenga que hacerlo sola —recalcó.

Violet asintió en silencio y garabateó algo en su libreta.

—¿Lo han oído? —exclamó la señora Miller, nerviosa—. ¿Puede un gnomo tener acceso al más allá, señor Schofield? —preguntó mirándolo con expectación.

—Eh, bueno, técnicamente... —titubeó Alan.

—No, no puede —respondió Violet para decepción de la señora Miller.

—¡Claro que no! —corroboró Alan—. Eso sería un desmadre.

—Pero si el espíritu de Wyatt no está aún allí —matizó Violet levantándose de la alfombra—, sino que ronda esta casa; si, como les sucede a muchos, sigue atado a su hogar por algún motivo, lo más probable es que Freddy pueda verlo e incluso conversar con él.

—Porque emitiría dentro de su espectro luminoso... —dedujo Alan casi para sí mismo.

—Dios mío... —musitó la señora Miller.

—¿Puedes mostrarnos el sitio donde aparece, Amber? —le preguntó Violet a la niña.

La pequeña asintió y todos bajaron al jardín. Indecisa, Amber miró a un lado y a otro durante tanto tiempo que todos pudieron sentir bajo sus pies la rotación de la Tierra. Finalmente, señaló una planta.

—Ahí.

—En el lirio silvestre —apuntó la señora Miller.

—Le gusta balancearse en sus hojas —comentó la niña.

—¿Y a quién no? —dijo Alan, inclinándose para estudiar la planta como si fuera el jardinero.

—Si ya no tienen más preguntas, ¿puedo seguir jugando? —le preguntó la niña a Violet.

—Claro, cariño —le dijo esta—. Vete a jugar.

Amber se despidió de ellos con un gesto y regresó a la casa. Una vez que hubo desaparecido, su madre les preguntó:

—¿Creen que pueden fotografiarlo?

—Ya se lo dije: «Si usted los percibe, nosotros se los mostramos» —respondió Alan.

—Pero necesitamos trabajar en las mismas condiciones en que se le aparece a Amber —intervino Violet—. Nosotros desplegaremos nuestro equipo con el mayor cuidado posible para no espantarlo, pero de nada servirá si esto se llena de curiosos. Eso podría provocar que Freddy no quisiera aparecer. Aunque no lo parezca, los gnomos son muy tímidos y suelen recelar de las multitudes.

—Vaya —se sorprendió la señora Miller.

—Incluso volverse agresivos —añadió Alan.

—¿En serio?

—Sí, la mayoría de las personas piensan que los gnomos son algo así como los bufones de la corte feérica, pero nada más lejos de la verdad.

—Pues Amber nunca me ha dicho que Freddy fuera violento.

—Bueno, probablemente con ella no lo sea. Pero los gnomos son impredecibles, y eso es lo que los hace tan peligrosos —explicó Alan—. Conozco un caso que sucedió hace unos meses en la tranquila Glastonbury. Al parecer, varias personas se congregaron para ver a un gnomo jugar con un niño y, al encontrar a tanta gente a su alrededor, el pequeño ser empezó a comportarse como un monito irritado.

—Sí, les enseñaba los dientes y los insultaba —corroboró Violet.

—A una señora le arrancó la nariz de un mordisco.

—¡Por todos los santos! —se sobrecogió la señora Miller.

—Sí, se habla poco del carácter irascible de los gnomos —se lamentó Alan—. En fin, es mejor no provocarlo. Nosotros taparemos la verja con unos cartones y así evitaremos a los curiosos, pero convendría que usted, su marido y su hija tampoco estuvieran presentes.

—Ni en la casa —añadió Violet.

—¿Ni en la casa? Bueno, Thomas estará de viaje la semana próxima y Amber y yo... Supongo que podríamos irnos a pasar unos días a casa de mi prima. Quizá veamos a sus hadas.

—Nunca se sabe —dijo Alan.

—En tal caso, le garantizo que cuando vuelvan tendremos una fotografía de Freddy para su salón con la que su prima se morirá de envidia —le aseguró Violet.